

La razón de la memoria

Sealtiel Alatríste

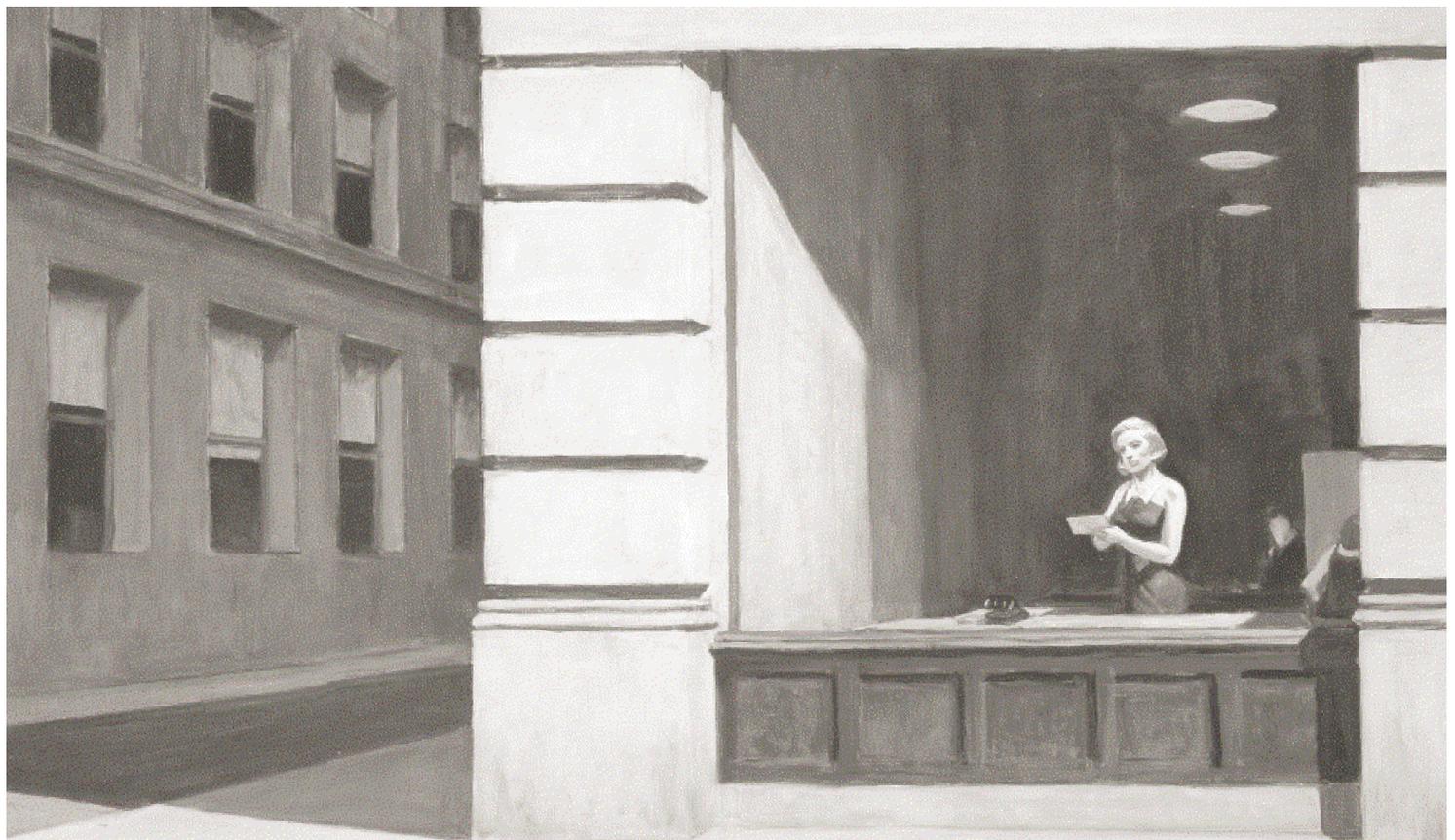
6 de abril de 2005: Muere el escritor judío-estadounidense, Saul Bellow, Premio Nobel de literatura en 1976.

En una de sus últimas fotos muestra un rostro cruzado de arrugas, en el que los ojos alargados, soñadores, resaltan sobre el crucigrama de los párpados. Sonríe. Se puede decir que es una sonrisa irónica, y aunque en sus labios hay dulzura, su gesto parece indicar que ha comprendido algo que hasta ese momento había escapado a su memoria, algo que el espectador ignora pero que indudablemente lo intriga. Es el gesto repetido por Saul Bellow a lo largo de su vida, que con el tiempo fue proyectando una sensación que por no tener mejor nombre llamamos espiritualidad. Martin Amis

decía que en su nombre de pila había una errata y era tiempo de hacer la corrección y cambiar la *a* por una *o* premonitoria: Soul Bellow debería decirse, pues era la presencia de su alma la que su nombre tendría que certificar. Su esposa contaba que en una ocasión que paseaban con su pequeña hija Rose, un viento helado los sorprendió en la calle y se metieron a una librería. En uno de los estantes se encontró con el último título que su marido había publicado, *Rawlstein*, le mostró la foto de la cubierta a la pequeña preguntándole quién era. “Papá, papá, papá”, gritó Rose y fue a abrazar a su padre. Bellow abrigado hasta los dientes, sacó la cara entre el cuello de la cazadora para dedicarle una maravillosa sonrisa. Era la sonrisa que en la foto

destruye el entramado siniestro de las arrugas, esa sonrisa que simbolizaba su alma, esa sonrisa sabia y memoriosa que debió tener pintada en el rostro el día en que, a los ochenta y nueve años, moría en su casa del barrio de Brookline, en Massachusetts, después de haber dado brillo a la novela del siglo XX.

Bellow fue un hombre obsesionado por el alma, o por ciertas manifestaciones del alma. En *Henderson, el rey de la lluvia*, el protagonista viaja al África para encontrar su destino, o mejor, un león que al rugir cifrará su destino y trastornará su alma. Con el soberano de una tribu perdida baja a un sótano donde el majestuoso animal está enjaulado, al escucharlo tendrá que imitar sus rugidos para potenciar su alma. En ese



Edward Hopper, *New York Office*, 1962

acto se desvelará una huella perdida de su ser: sólo rugiendo podrá dar vida a ese recuerdo extraviado. En *El Contacto Bella Rosa* Bellow relata un suceso que alguna vez le había ocurrido: al salir del consultorio de un dentista empezó a tararear una canción de su infancia, cuando de repente se dio cuenta de que una palabra se le escapaba y no recordaba el nombre de un río. En ese momento sintió que su alma se escapaba. “¡Maldita sea!”, escribió acerca de ese instante, “un fusible se había fundido en mi cerebro. ¿Era aquello un augurio? ¿El principio del fin?... Se había roto un puente: yo no podía cruzar el río”. El olvido simbolizaba el *ticket* para subirse a la barca de Caronte y llegar a la isla de los muertos o quizá, recordar, no olvidar, era lo que garantizaba que no tuviera que subir a la embarcación luctuosa. La memoria es la vida, el olvido es la muerte, había asegurado el narrador de la novela.

Para Bellow no existía nada fuera de la memoria. Ni siquiera la religión. Los judíos son el pueblo elegido por Dios no porque el creador fuera a salvarlos sino porque era el pueblo elegido para recordarlo. “Nos han elegido”, decía, “para que seamos los adivinadores de Dios”. El narrador de *El Contacto Bella Rosa* apunta que fue Freud el que enunció el principio de que el inconsciente no reconoce la muerte. “Pero ya ven ustedes, el inconsciente también es raro”, y si no la reconoce es porque en su naturaleza está el olvido. El inconsciente busca en el rugido de un león una sensación grabada desde siempre en el alma que le permite vivir y distinguir el rostro de la muerte. Un hombre se pone a tocar el claxon de su auto para celebrar que haya recordado el nombre de un río: el Swannee o Suvanne, como lo deletrean en el sur norteamericano. En ese recuerdo insignificante se juega la existencia. La memoria conserva la vida, la memoria triunfa sobre la muerte. Pero, “¿Qué espero de la victoria”, se pregunta el narrador, “¿En qué consiste esa victoria?”.

Saul Bellow escribió algunas de las mejores novelas de Estados Unidos. *Las aventuras de Augie March* marcó un hito en la manera de escribir y leer en inglés. *Herzog* dio pinceladas magistrales al retrato del hombre contemporáneo cuyos gestos ya



Saul Bellow, 1976

había trazado Franz Kafka. Hacia el final de su vida, con ánimo de concreción y pureza nos regaló tres obras maestras: *El robo*, *El Contacto Bella Rosa* y *La verdadera*. Con *Ravelstein* nos dio un canto a la amistad que apenas tiene parangón —con la excepción de Tom Swayer— en la novelística estadounidense. Pero quizá todas sus novelas tengan un mismo origen, un solo propósito, contestar a esa pregunta: ¿Qué espero de la victoria sobre la vida?, ¿en qué consiste esa victoria?

Para Bellow, decía su mujer, escribir equivalía a hacer *aerobics*:

Transpira y se va quitando capas de ropa. Cuando está especialmente concentrado, mueve de manera extraña el ojo izquierdo y emite un sonido que es un cruce entre el jadeo del corredor de fondo y un silbido entrecortado.

No me extraña, mientras escribía recuperaba la memoria para darle razón a la vida. La memoria no sólo era cifra de la existencia sino que la justificaba y le permitía adivinar la divinidad. Eso es lo que insinuaba su sonrisa: ha comprendido la razón de la memoria y nosotros estamos avocados a recuperarla junto con él. Su sonrisa, su literatura, es finalmente una invitación.

Ahora que ha muerto pienso en el final de una de sus novelas:

Ravelstein me mira, ríe entre contento y asombrado, gesticula porque la algarabía de los pájaros me impide oír su voz... No es fácil entregar a un ser como Ravelstein a la muerte.

Como tantas veces, la lectura de una de sus páginas ha anticipado mis sentimientos. **U**